

y singularmente sobre el Calvario. Ni fué tampoco una mansedumbre de flaqueza y de inaccion, que produce la extenuacion, ó que la necesidad adopta. La impotencia hace algunas veces dulce y tratable hasta el despecho mas irritado, y á los hombres mas coléricos los amansa. Pero esta mansedumbre aparente no fué jamás una virtud. No es de esta naturaleza la de que Jesucristo nos da un ejemplo tan singular en medio de sus humillaciones y de sus dolores. Los cordeles que le atan á la columna, y los clavos que le fijan en la cruz, no habian ligado su poder. El Salvador bajo de aquel granizo de azotes, en medio del torrente de injurias, de ultrajes y de oprobios de que se ve como inundado, puede muy bien decirse que nunca apareció mas grande, nunca mas poderoso; nunca apareció mas Dios, por decirlo así, que en el profundo abismo de sus humillaciones y sobre el Calvario: *Verdaderamente este hombre era hijo de Dios* (1), exclama allí admirado el centurion. Por esta paciencia divina, y por esta dulzura inefable, se ha mostrado tal como era este divino Salvador. David habia tenido mansedumbre durante su vida; pero en su muerte ordenó á su hijo que tratase con rigor á los que él habia perdonado. Isaías, Ezequiel y Jeremías habian sido moderados y aun pacientes; pero su mansedumbre se presentaba muy rígida, hasta forzada parecia algunas veces; y los deseos que al parecer tenian de ver á sus enemigos humillados, alligidos, anonadados, por mas que sean misteriosos, alteran su dulzura, y su paciencia la dejan ver como al vislumbre. Solo la mansedumbre de este divino Cordero es la que nunca se desmiente. Hasta en la cruz,

(1) Marc. 15.

un momento antes de espirar pide á su Padre que perdone su muerte á los que hasta entonces han estado tan sedientos de su sangre, excusando su crueldad con su ignorancia. En esta escuela es en la que tantos millones de mártires han aprendido á ser pacientes, y todos los santos á conservar toda su vida una mansedumbre inalterable. La leccion es universal, sin embargo son muchos los que la ignoran. Esos humores acres y molestos; esos aires altaneros é imperiosos; esos tonos eternamente secos é impacientes; esos modales orgullosos y austeros no caracterizan jamás la verdadera virtud. En vano se trata de autorizar el mal humor con el nombre de zelo; si es el espíritu de Jesucristo el que le anima, debe ser dulce. Nunca fué incómoda y mucho menos colérica la piedad cristiana. Cuando hay en ella algo de hiel ó de amargura, ya es pasion. ¿Qué error pretender excusar uno su mal humor con la indocilidad de un niño, ó con la tontería de un doméstico! estos frutos salvajes nacen en nuestro propio terreno. No hay cosa que demuestre mejor un espíritu grosero y un corazón inmortificado, que la impaciencia. La mansedumbre no solo hace el elogio de la virtud, la demuestra. No hay virtud cristiana sin mansedumbre.

El evangelio de la misa es la pasion de nuestro Señor Jesucristo segun san Marcos, cap. 14.

En aquel tiempo: Debía celebrarse la Pascua y los Azimos de allí á dos dias; y los príncipes de los sacerdotes, con los escribas, buscaban cómo prender á Jesus por sorpresa, y quitarle la vida. Pero decian: No se haga esto durante la fiesta, no sea que acaso suceda alguna conmocion popular. Estando, pues, Jesus en Bethania en casa de Simon el leproso, sentado á la mesa, vino una mujer con un vasa

lleno de un licor oloroso compuesto de la espiga del nardo, y de un subido precio, y rompiendo el vaso lo derramó sobre su cabeza. Algunos, indignados de esto, dijeron dentro de sí mismos: ¿A qué viene el perder este licor, puesto que podian haberse sacado de él mas de trescientos denarios de plata, y haberlos dado á los pobres? y murmuraban altamente contra ella. Mas Jesus les dijo: Dejadla quieta, ¿porqué la incomodais? Lo que acaba de hacer es una buena obra, por lo que toca á mí. Siempre tendréis pobres con vosotros, y podréis hacerles bien cuando quisiéreis; pero á mí no siempre me tendréis. Ella ha hecho lo que podia; ha embalsamado mi cuerpo con anticipacion para la sepultura. En verdad os digo, que en cualquiera lugar, en todo el universo, donde se predicare este evangelio, se contará tambien lo que ha hecho en memoria de ella. Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, se fué á buscar á los príncipes de los sacerdotes para entregarles á Jesus. Alegráronse mucho oyendo esto, y le prometieron que le darian dinero; y ya en lo sucesivo no buscaba mas que una ocasion oportuna para entregarle. En el primer dia de los Azimos, en que se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron sus discípulos: ¿Adónde quieres que vayamos á preparar lo necesario para que comas la pascua? y envió dos de sus discípulos, y les dijo: Id á la ciudad, y se os presentará un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y en cualquiera parte que entre, decid al dueño de la casa: El maestro dice: ¿En dónde está el lugar en donde he de comer la pascua con mis discípulos? y él os mostrará una gran sala, bien amueblada; haced allí los preparativos. Fueron á la ciudad sus discípulos, y habiendo llegado á ella, todo lo encontraron segun se les habia dicho, y prepararon lo necesario para la pascua. Hácia la caída de la tarde vino allí con los doce; y estando á la mesa mientras que comian, habló Jesus de este modo: En verdad os digo, que uno de los que comen conmigo me entregará. Quedaron todos contristados (al oír esto), y cada uno de ellos le dijo: ¿Por ventura soy yo? Respondióles Jesus: Uno de los doce que mete conmigo la mano en el plato. A la verdad, el Hijo del hombre va (á consumir su carrera), segun está escrito de él; mas ¡hay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado! sería muy

ventajoso para el tal hombre no haber nacido. Mientras que comian, tomó Jesus el pan, y despues de haberlo bendecido, lo partió, y se lo dió diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo: tomó en seguida el cáliz, y dando gracias, se lo dió; todos bebieron de él, y les dijo: Esto es mi sangre, la cual constituye el nuevo Testamento, y será derramada por muchos. En verdad os digo, que no beberé ya mas en adelante de este vino, hasta el dia en que lo beberé nuevo en el reino de Dios; y dicho el cántico, se fueron á la montaña de los Olivos. Díjoles Jesus: Todos os escandalizaréis por causa mia en esta noche, porque está escrito: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas: pero cuando hubiere resucitado, iré delante de vosotros á Galilea. Aun cuando todos, le dijo Pedro, se escandalizasen por causa vuestra, yo no me escandalizaré. En verdad te digo, le replicó Jesus, que tú mismo, hoy en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, tres veces me negarás. Mas Pedro insistió diciendo: Aun cuando fuese necesario morir contigo, no te negaré; y todos los demás dijeron lo mismo. En seguida fueron á una heredad llamada Gelhsemani, y dijo á sus discípulos: Permaneced aquí mientras yo voy á orar. Tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan, y comenzó á temer y verse abrumado del tedio. Mi alma, les dijo, está poseida de una tristeza mortal; manteneos aquí, y velad. Y habiéndose adelantado un poco, se postró en tierra, y rogaba (al Padre) que, si podia ser, no viniese sobre él aquella hora. Padre mio, Padre mio, decia, todo es posible para tí: apartad de mí este cáliz; pero sin embargo, no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieres. Habiendo venido adonde estaban los discípulos, los halló durmiendo, y dijo á Pedro: Simon, ¿duermes? ¿No has podido velar siquiera una hora? Velad y orad, á fin de que no os veais envueltos en la tentacion. Verdaderamente el espíritu está fuerte, pero la carne está flaca: retiróse segunda vez, y repitió la misma oracion; y habiendo vuelto, los encontró de nuevo durmiendo (tenian sus ojos cargados de sueño), y no sabian qué responderle; volvió pues por tercera vez, y les dijo: Dormid ya, y reposad. Basta; ha llegado la hora; el Hijo del hombre va á ser entregado en manos de los pecadores; levantaos, vamos; ved aquí ya cerca el que me ha de entregar. Aun estaba hablando, cuando

llegó Judas Iscariote, uno de los doce, seguido de un gran número de gentes, armadas de espadas y de palos, enviadas por los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos. El que entregaba á Jesus, les habia dado una señal, diciendo: Aquel á quien yo besare, ese es; prendedle y traedle con precaucion. Luego, pues, que llegó, adelantándose hácia Jesus: Salve, Maestro, le dijo; y le besó. Inmediatamente se echaron sobre él, y le prendieron. Uno de los que estaban allí, sacando la espada, dió con ella á un criado del gran sacerdote, y le cortó una oreja. Dirigiéndose entonces Jesus á la multitud, les dijo: Vosotros habeis venido á prenderme como á un ladron, con espadas y palos. Todos los dias estaba entre vosotros, enseñando en el templo, y no me habeis preso; pero ha sucedido así á fin de que se cumpliesen las Escrituras. Entonces sus discipulos le abandonaron, y huyeron todos. Cierta jóven que le seguia, cubierto solo con una sábana, fué tambien preso; pero soltando la sábana, escapó desnudo de sus manos. Condujeron inmediatamente á Jesus á casa del sumo sacerdote, donde se juntaron los sacerdotes, los escribas y los ancianos. Pedro le siguió de lejos hasta el atrio del gran sacerdote: sentóse allí cerca del fuego con los oficiales para calentarse. Entre tanto los príncipes de los sacerdotes, y todo el consejo, procuraban testimonios contra Jesus para condenarle á muerte, y no los encontraban; porque, aunque muchos hacian falsas deposiciones contra él, no concordaban sus testimonios. Presentáronse entonces algunos que traian contra él un falso testimonio, diciendo: Nosotros mismos le hemos oido decir: Yo destruiré este templo, fabricado por manos de hombres, y en tres dias volveré á edificar otro que no será obra de las manos de los hombres; pero tampoco habia concordancia en este testimonio. En tal estado, levantándose el gran sacerdote en medio de la asamblea, preguntó á Jesus, y le dijo: ¿Nada respondes á lo que estos deponen contra tí? Pero Jesus guardaba silencio, y nada respondió. Preguntóle de nuevo el gran sacerdote, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, Hijo de Dios bendito? Yo soy, le dijo Jesus, y vosotros veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios omnipotente, y venir sobre las nubes del cielo. Entonces desparando el gran sacerdote sus vestiduras, dijo: ¿Qué

T. III.

(L.^a I.^a)

P. 218.



*Luego, pues, que llegó, adelantándose hácia Jesus:
Salve, Maestro, le dijo; y le besó. Inmediatamente se echaron sobre él, y le prendieron.*



Entonces desgarrando el gran sacerdote sus vestiduras, dijo: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros habeis oido la blasfemia; ¿qué os parece?

necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros habeis oido la blasfemia; ¿qué os parece? Todos al punto pronunciaron que era reo de muerte. Al mismo tiempo algunos comenzaron á escupirle, á cubrirle el rostro, y á darle de puñadas, diciéndole: Muéstranos que eres profeta; y los soldados le abofeteaban. Entre tanto, estando Pedro abajo en el atrio, vino allí una criada del gran sacerdote, y viendo á Pedro que se calentaba, despues de haberle mirado bien, dijo: Tú tambien estabas con Jesus Nazareno; pero él lo negó, diciendo: Ni sé, ni entiendo lo que quieres decir. En seguida se retiró al vestibulo, y cantó el gallo. Habiéndole divisado tambien otra criada, dijo inmediatamente á los que estaban presentes: Tambien es este de ellos: mas él lo negó segunda vez, y poco tiempo despues los que allí se hallaban dijeron á Pedro: Seguramente eres tú de esta gente, porque eres tambien Galileo; pero él empezó á hacer imprecaciones, y á decir con juramento: No conozco á ese hombre de quien hablais; é inmediatamente cantó otra vez el gallo, y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tú tres veces; y comenzó á llorar. Luego que amaneció, los príncipes de los sacerdotes tuvieron consejo con los ancianos y los escribas, y con todo el concilio; y despues de haber hecho atar á Jesucristo, le llevaron y le entregaron á Pilato. Pilato le preguntó desde luego: ¿Eres tú el rey de los judíos? Tú lo dices, le respondió Jesus. Mientras tanto los príncipes de los sacerdotes le acusaban de muchas cosas; y Pilato le preguntó de nuevo: ¿Nada respondes? le dice. Mira de cuantas cosas te acusan. Mas Jesus no dió respuesta alguna, de suerte que Pilato estaba admirado. Tenia, pues, de costumbre en el dia de la fiesta el soltarles el preso que ellos le pedian, fuese el que fuese. Habia uno llamado Barrabás, que estaba en prision con otros sediciosos, y que habia hecho un asesinato en una sedicion. Habiendo subido la multitud, comenzó á pedir lo que siempre se les concedia. Dirigiéndose entonces Pilato á ellos, les dijo: ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos? Porque sabia que solo por envidia se le habian entregado los príncipes de los sacerdotes. Mas estos conmovieron al populacho á fin de que solicitase mas bien la libertad de Barrabás. Volviendo á tomar

Pilato la palabra, les dijo: ¿Qué queréis que haga con el rey de los judíos? Ellos de nuevo gritaron: Crucifícale. ¿Pues qué mal ha hecho? les decía Pilato; pero ellos clamaban con mas fuerza: Crucifícale. Entonces Pilato, deseoso de dar gusto al pueblo, puso en libertad á Barrabás, y despues de haber sido azotado Jesus, se le entregó para que fuese crucificado. En el momento le llevaron al atrio del pretorio, y reuniendo toda la cohorte, le vistieron con una capa de púrpura; le pusieron una corona que ellos mismos tejieron de espinas, y comenzaron á saludarle de este modo: Salve, rey de los judíos; y al mismo tiempo le herian en la cabeza con una caña, escupianle, y arrodillándose le adoraban. Despues de haberse así mofado de él, le quitaron el manto de púrpura, le volvieron á poner sus vestidos, y le sacaron fuera para crucificarle. Acertando á pasar por allí un hombre de Cirene, llamado Simon, padre de Alejandro y de Rufo, que volvía de su casa de campo, le obligaron por fuerza á que llevase la cruz de Jesus. Por fin, condujéronle hasta el lugar que se llama Golgotha, que significa Calvario: allí le ofrecieron vino mirrado; mas no le bebió. Despues de haberle crucificado, dividieron sus vestidos, echándoles á la suerte para ver lo que cada uno tomara. Era la hora de tercia del día, cuando clavaron á Jesus en la cruz, y la causa de su muerte estaba escrita en estos términos: *Rey de los judíos*. Crucificaron tambien con él dos ladrones, uno á su derecha, y otro á su izquierda, cumpliéndose así la Escritura que decía: Ha sido puesto en el número de los malvados. Los que pasaban por allí, le cargaban de maldiciones, moviendo la cabeza, y diciéndole: ¡Vaya! Tú que destruyes el templo de Dios, y en tres días lo vuelves á edificar, sálvate á tí mismo bajando de la cruz. Mofábanse tambien los príncipes de los sacerdotes, diciéndose mutuamente con los escribas: Ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo. Descienda ahora de la cruz el Cristo, el rey de Israel, para que nosotros lo veamos y creamos; y los que estaban crucificados con él, le cargaban igualmente de injurias. Llegada la hora de sexta, se extendieron por toda la tierra (espesas) tinieblas, hasta la hora de nona; y á la hora de nona exclamó Jesus en alta voz: Eloi, Eloi, ¿LAMMA SABACHANI? lo cual significa: Dios mio, Dios mio,

¿porqué me habeis desamparado? Algunos de los que allí estaban y lo oyeron, decian: Mirad como llama á Elias. Al mismo tiempo uno de aquellos satélites echó á correr, empapó una esponja en vinagre, la puso al cabo de una caña, y se la daba á beber, diciendo: Esperemos, y veamos si viene Elias á quitarle de la cruz. Mas Jesus, despues de haber dado un gran grito, espiró. En el mismo momento el velo del templo se desgarró en dos partes de alto abajo, y el centurion que estaba al frente de él, viendo que habia espirado, dando un gran grito, exclamó: Ciertamente este hombre era hijo de Dios. Habia allí tambien algunas mujeres que lo miraban de lejos, entre las cuales estaban Maria Magdalena, Maria, madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, que le seguian cuando estuvo en Galilea, y cuidaban de él. Habia tambien otras muchas que habian subido con él á Jerusalem.

Y cuando ya la tarde declinaba (porque era el día de los preparativos, que es la vigilia del sábado), José de Arimatea, noble decurion, y que esperaba tambien el reino de Dios, fué sin ningun temor á casa de Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus. Extrañaba Pilato que hubiese muerto ya, y habiendo hecho venir al centurion, le preguntó si efectivamente habia ya muerto; y cerciorado por el centurion, dió á José el cuerpo de Jesus. José compró una sábana, en la que envolvió á Jesus despues de haberle quitado de la cruz. Despues le puso en un sepulcro, abierto en la roca, y trajo rodando una piedra hasta colocarla en la entrada del sepulcro.

MEDITACION.

DE LA PASION DE JESUCRISTO EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que pasa en el primer teatro de la pasion del Salvador.

Aunque jamás sintió en su alma otras pasiones que las que él excitaba en ella, quiso entonces por nues-

tro amor entregarse á las mas crueles y á las mas violentas. Él comienza su pasion por los dolores interiores y por el suplicio del corazon.

Una multitud de objetos, á cual mas tristes y mas espantosos, se presenta á su imaginación, y le hace sentir anticipadamente toda su pasion.

Se representa del modo mas vivo, con qué ignominia va á ser arrastrado por las calles de Jerusalem como si fuese un malvado, cubierto de salivas, desgarrado con los azotes, y coronado de espinas como un impostor; clavado en fin en una cruz, como el oprobio del género humano, y la execracion de su pueblo. ¿Qué impresion no debió hacer en el espíritu y en el corazon del hombre Dios una imágen tan espantosa? ¿Y qué impresion hace en el mio?

¿Qué tristeza y qué dolor cuando se representaba la negra traicion de su discípulo, la horrible ingratitud de un pueblo colmado de sus beneficios, y el cobarde abandono de sus apóstoles! Seria necesario poder comprender la bondad, la ternura, la sensibilidad del mejor de los corazones que hubo jamás, para concebir lo que debió sufrir Jesucristo por la viva y sensible representacion de este exceso de ingratitud.

En efecto, es tan extremado el exceso de sus penas interiores, que no puede disimularle, y lo declara él mismo á sus apóstoles. Yo sufro, les dice, y mi tristeza es tan extraordinaria y tan sensible, que es capaz de causarme la muerte. Los apóstoles son testigos de ella, y lejos de consolarle se duermen. ¡O mi dulce Jesus! ¡Esta indiferencia es para vos un tormento cruel, y para mí una cruel infamia!

El Salvador vuelve al lugar de su oracion, y rede-

blando su fervor, redobla sus penas; nada se esconde ni á su espíritu, ni á su corazon; reúne en su imaginacion todos los tormentos, todas las circunstancias de su pasion; penetra todo su rigor, percibe muy despacio toda su amargura. El espanto se apodera de él, y le reduce á una postracion que le lleva hasta el deliquio. ¡O mi dulce Jesus! ¡cuánto os cuesta el amarme con tanto exceso! ¡cuándo os amaré yo con menos indiferencia!

Pero lo que acibara su dolor, es el ver por un conocimiento anticipado el extraño abuso que harán tantos pecadores de las gracias que él les va á merecer con su sangre. Nuestros pecados, nuestra insensibilidad, nuestra ingratitud son las que en parte constituyen la causa de su dolor; es la traicion de Judas, es el endurecimiento de su propio pueblo.

¡Ah, mi dulce Jesus! ¡Qué trastorno es este! ¿Vos estais oprimido de tristeza, á la vista de lo que debeis sufrir por mis pecados; y yo que he pecado, pretendo pasar mis dias en la alegría? ¿Vos sois arrastrado con infamia sin decir una palabra; y yo reviento en quejas, y me resiento con los mas vivos deseos de venganza, con solo imaginarme que no se me ha honrado tanto como deseo? ¿Creeré yo lo que acabo de meditar, sin que me enternezca una verdad tan interesante? ¿Qué presagia entonces mi insensibilidad?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es preciso que hayan sido excesivos los dolores de Jesucristo en el huerto de los Olivos, puesto que de todas las penas que el Salvador ha sufrido en su pasion, puede decirse que esta es la única de que se ha quejado.

No espera á que sus verdugos vengan á derramar su sangre; quiere convencernos que él mismo es el que con plena voluntad se entregá y se inmola por la salud de los hombres; ¿y estamos de esto bien convencidos? Del lugar de su oracion hace un altar que riega con su sangre; el amor solo hace aqui propiamente el oficio de sacrificador; este amable Salvador postrado sobre su altar es la víctima de este doloroso sacrificio, y el ardor en que arde su corazon es el fuego; y todo esto se hace por nosotros; por nuestro amor va á consumarse este sangriento sacrificio.

Descúbrese bien, mi divino Salvador, que vuestra pasion es el efecto de vuestro amor, y lo único que encontramos en ella que no es de vuestro agrado son nuestras infidelidades y nuestra ingratitud, y esto es tambien otro de los motivos de vuestra mortal tristeza.

No es el cáliz, aunque demasiado amargo, el que Jesus rehusa beber. Por lo que hace á los azotes, los oprobios, la corona de espinas, los clavos y la cruz, hacia ya mucho tiempo que todo esto era el objeto de sus mas fervientes deseos, para que ahora lo mirase como un objeto de horror, y le causase una repugnancia tan horrible. Solo, pues, la perfidia de Judas, la reprobacion del pueblo judío, la pérdida de tantos réprobos, nuestros propios pecados, nuestros desórdenes, son la causa de su tristeza y de su disgusto.

Sí, Señor, nuestros desórdenes presentes entonces á vuestro espíritu, era lo que os afligia; pero ¿y no os consolaré yo nunca con mi conversion y con mi penitencia? ¿Se reducirá toda mi religion á algunos sentimientos pasajeros de compasion, al paso que con mis pecados contribuyo tan poderosamente á aumen-

tar vuestra tristeza? y estas reflexiones que yo hago ahora, y que debo á los méritos de esa sangre preciosa de que os veo empapado, ¿no vendrán á ser para mi algun dia un nuevo motivo de condenacion, si no me aprovecho de ellas? Un apóstol pervertido es el que entrega á Jesucristo, y le entrega con un beso. ¡Ah, Señor! ¿en qué lugar, en qué estado en la tierra estaremos en perfecta seguridad, y qué pretexto puede jamás sufragarnos para no temer? ¡Oh! ¿qué difícil es, qué rara la conversion de un discípulo, de un apóstol pervertido! Así una alma que ha servido á Dios, que ha gustado de Dios, y que se extravía, cae en los mas profundos precipicios, y con dificultad vuelve de sus extravíos.

No permitais, mi divino Salvador, que me suceda semejante desgracia. Movid del estado sangriento á que os han reducido mis pecados, recurriré todavía á esta sangre; mi confianza estriba en esta preciosa sangre, y á ella espero deber mi salvacion y todas las gracias que os pidiere, y que yo espero de vuestra misericordia para ser del número de los elegidos.

JACULATORIAS.

Sí, Señor, vos os habeis constituido el Salvador y el esposo de nuestras almas, á costa de vuestra sangre. *Exodo 4.*

¿Porqué, Señor, teneis vuestra vestidura roja con vuestra sangre? *Isaias 63.*

PROPOSITOS.

1.º La vista sola de nuestros pecados causa á Jesucristo una tristeza mortal, y anega su corazon en la

amargura, y estos mismos pecados apenas pueden arrancarnos una lágrima. Estamos cargados de pecados, pero ¿estamos muy inconsolables? ¡Cosa extraña! Pécase, y se queda uno tranquilo; ¿y qué tristeza, qué vivo dolor sigue á nuestros pecados? ¡Hállanse muchos pecadores que puedan decir como David: Vos sabeis, Señor, cuánto llanto me han costado ya mis pecados; yo los lloraré todo el resto de mi vida, y emplearé en llorarlos hasta el tiempo destinado para mi reposo? ¡Qué gran motivo de asombro y de embarazo es esta rareza de contrición! Examinad cuál ha sido hasta aquí la vuestra. ¿Ha sido verdadera? Muy difícil es que se haya detestado sinceramente una falta que se comete á sangre fría poco despues de esta pretendida detestacion. La contrición para ser verdadera debe ser interior, sobrenatural, soberana y universal; esto es, es preciso que el dolor esté en el corazon, que sea excitado por la fe y por un movimiento del Espiritu Santo, y no por un puro motivo natural; que sea mayor que cualquiera otro dolor que podamos sentir, aun cuando no sea tan sensible. Tiénese un dolor soberano cuando le es á uno mas doloroso el haber ofendido á Dios, que el haber perdido lo que tenia mas amado en el mundo, y se prefiere Dios á todas las cosas: tiénese un dolor universal, cuando se detestan universalmente todos los pecados mortales que se han cometido, sin exceptuar uno solo. ¿Ha tenido siempre vuestra contrición estas condiciones? ¡Cuántos se imaginan haber tenido contrición, porque han recitado de labios afuera un acto de contrición que han aprendido de memoria, ó que han encontrado en su devocionario! Nada prueba mejor el vacío y la falsa apariencia de nuestras con-

triciones, que nuestra poca enmienda; desengañémonos, es una señal de no haber formado verdadera contrición, cuando no hay verdadera conversion. ¿Quereis conocer si detestais verdaderamente el pecado? mirad si detestais verdaderamente todas las ocasiones, si las hui; si os valeis de todos los preservativos para no caer; si recurris á la oracion. ¡Cuántas malas confesiones por la falta de verdadera contrición! ¡cuántas confesiones nulas! Examinad hoy con cuidado, si todas las que habeis hecho están exentas de este defecto; señalad los puntos que es necesario inmediatamente remediar, y tomad todas las medidas para que de hoy en adelante no necesite vuestra contrición de penitencia.

2.º Ordinariamente se cae en el error de emplear todo el tiempo en pensar en los pecados, sin excitarse á la contrición que debe tenerse de ellos. Es necesario, pues, emplear á lo menos tanto tiempo en excitarse á la contrición, como en hacer el exámen. Aplicaos á hacer frecuentemente, durante el día, actos de contrición; hacéoslos familiares para que no os coja de nuevo el hacerlos en las cercanías de la muerte. No espereis á estar al pié del tribunal de la penitencia para detestar vuestros pecados; repasad todos los años de vuestra vida en la amargura de vuestro corazon cuantas veces hiciéreis oracion á Dios, ó asistiéreis á la misa. Muchas personas lo hacen á todas las horas; la práctica es fácil; una ojeada sobre todas las iniquidades pasadas, con vivo sentimiento de haber desagradado á Dios solo por su bondad infinita, apenas pide mas que un momento, y esta santa práctica trae una utilidad muy grande; comenzad desde hoy á hacéosla familiar.